

MARZO

17

VIERNES

## «MISERICORDIA»

DE DON BENITO PEREZ GALDOS

Adaptación teatral: Alfredo Mañas.  
Estrenada en el teatro *María Guerrero*.  
Dirección: José Luis Alonso.  
Ayudante de dirección: Manuel Canseco.  
Bocetos de decorados y figurines: Manuel Mampaso.  
Realización de decorados: Manuel López.  
Realización de vestuario: Peris Hermanos.  
Dirección musical: Manuel Díaz.  
Intérpretes: María Fernanda D'Ocón (Benina), José Bódalo (Almudena), Gabriel Llopart (*La Voz*), Félix Navarro (Corenas), Ana María Ventura (*La Casiana*), Margarita García Ortega (*La Burlada*), Paquita Gómez (*Crescencia*), José Luis Heredia (Pulido), Juan Madrigal (*El Maricuela*), Manuel Gijón (*Pocasangre*), Francisco Cecilio (Eliseo Martínez), Matilde Fluixa (Demetria), Concha Hidalgo La Mendiga madre), José y Rosa Irazábal (Niños pobres), César Estébanez (Cuartokilo), Enrique Navarro (El Mosen), Joaquín Molina (Don Carlos), Carmen Segarra (Pedra la Borracha), Luisa Rodrigo (Doña Frasquita), Julia Trujillo (Obdulia), José Segura (Don Frasquito), Maruja García Alonso (Diega), Luis García Ortega (Don Romualdo), Francisco Hernández (Antoñito), Yolanda Cembrenos (Martina), José María Pon (Chico de la Funebridad), Víctor Gabirondo (Octogenario), Joaquín P. de la Puente (Ángel 1.º), Pedro Fernández (Ángel 2.º).  
Otros pobres: Flor de Bethania, María Caro, Tino Díaz, Elena Foyé, Luis Lorenzo, Manuela Madrid, Miguel Pérez, Juan M. Ruiz, Manuel Salamanca, José Sanz, Francisco A. Valdivia y Manuel Gijón.  
Guardias: Luis Zorita y Mariano Sanz.  
Cortejo final: Elena Foyé, María Caro, José Irazábal y Rosa Irazábal.

I

EL ESPECTADOR.—Esta adaptación escénica de «Misericordia», la gran novela galdosiana, grande entre las grandes, que son muchas, del genial escritor español, suscitó la inevitable polémica que a menudo se produce cuando se trata de levantar sobre el escenario un texto no escrito para la escena, a pesar de que su autor fue también egregio dramaturgo. En realidad, don Benito Pérez Galdós (1843-1918) fue un escritor de cuerpo entero, capaz de enfrentarse, como lo hizo, con todos los géneros literarios. Para el teatro escribió más de veinte títulos, algunos de los más importantes reseñados en el libro II de esta colección. ¿Pasó por sus mentes la escenificación de «Misericordia»? No lo sabemos, a pesar de que algunos ortodoxos galdosianos argumentan que cuando don Benito no pensó en ella, tendría sus razones. A un espectador oí comentar en la segunda representación del «María Guerrero»: «Esto más que una adaptación, es un trasplante; veremos lo que dura...» Duró, afortunadamente, con general aplauso. ¿Qué hubiera pensado don Benito de haber asistido a esta representación? Probablemente dijera: «Muy bien, querido Mañas; a mí no se me hubiera ocurrido eso. Le felicito...» Porque don Benito era un espíritu liberal muy capaz de comprenderlo todo.

«YA».—Y en tal sentido, conviene recordar al lector ciertos supuestos previos que le ayuden a valorar justamente el espectáculo dramático que Alfredo Mañas y José Luis Alonso presentaron en el «María Guerrero» sobre el texto de una narración señera de la novelística española: «Misericordia».

EL ESPECTADOR.—Por ahí podemos empezar...

«YA».—El «librepensador» Galdós, el «anticlerical» Galdós, el más bien azufrado y luciferino don Benito, según determinadas ópticas mentales, sociales y políticas de fines y comienzos de siglo, es hombre de evidente espiritualidad y naturalmente cristiano, cuya auténtica desazón religiosa late viva, honda y constante, impregnando —en uno u otro sentido— la mayor parte de su obra.

«TRIUNFO».—Ya que ha aludido usted al «anticlericalismo», convendría subrayar que «Misericordia» —en una época en que el clero más avanzado de Portugal aceptó, por ejemplo, una versión de «La reliquia», sátira despiadada de toda la beataría y las supervivencias del fetichismo— es una buena ocasión para reavivar el debate y aclarar hasta qué punto en el

tradicional concepto del anticlericalismo existe una carga sociológica mucho antes que religiosa. En último extremo, por paradójico que parezca a primera vista, en «anticlericalismo» como este de «Misericordia» más bien podría decirse que existe una defensa de la moral católica frente al comportamiento de ciertos sectores católicos. El que los clérigos anden en el problema y el que la crítica hecha a estos sectores acabe comportando cierto «anticlericalismo» es un problema que debe afrontarse sin invocar respetos improcedentes. Las cosas claras; decir, como dice Galdós en esta obra, que no es justo que un personaje como Benina acabe en una Casa de Misericordia, no debiera molestar a nadie. A menos —y aquí descubrimos una de las claves críticas del drama— que lo que Galdós ponga en cuestión sea el mismo concepto usual de misericordia. Es decir, de limosna.

EL ESPECTADOR.—Muy interesante su observación. Sigamos con el Galdós espiritual y naturalmente cristiano, gracias al cual podemos comprender y admirar «Misericordia».

«YA».—En ese impulso espiritual, un tanto tolstoiano en busca de la autenticidad evangélica en el comportamiento humano, del que han nacido, en la mente de Galdós, desde «Cassandra» hasta «La loca de la casa», desde «Doña Perfecta» a «Celia en los infiernos», desde «Angel Guerra» a «Santa Juana de Castilla», se adelantan con estremecedora fuerza dos creaciones novelísticas absolutamente singulares dentro de la literatura española de su tiempo, por su manera de entender y reflejar la vida en torno: «Nazarín» y «Misericordia». Con ellas intenta mostrarnos don Benito lo que, parodiando un tópico hoy habitual en las columnas cotidianas de la Prensa, pudiéramos llamar dos santos de la calle.

EL ESPECTADOR.—Concretándonos a «Misericordia»...

«EL ALCAZAR».—Es, a mi modo de ver, la mejor novela de Galdós, una de las mejores novelas que se han escrito en el mundo. Un mundo muy hondo, muy alto y muy complejo, late en esta obra. Y dentro de todo su cruel realismo hay una simbología de la sociedad de su tiempo, y de la de todos los tiempos. Una obra en que salen a relucir la bondad y la ingratitud, trazadas éstas de la manera más perfecta, a través de escenas donde la observación más objetiva y pura resplandece, puede considerarse como obra reflejo de todos los tiempos.

«NUEVO DIARIO».—Esta gran epopeya del hambre española de finales de siglo, del hambre madrileña y del quiero y no puedo, que es «Misericordia», es una de las piezas magistrales

de nuestra historia tristísima. En ella Galdós acera su crítica ante una sociedad tan patéticamente injusta. Benina es todavía una de las máximas representaciones de la «ética del pueblo», de la moral natural, evangélica, dulce, que todavía guarda no sé qué hechura romántica, ante el cinturón quevedesco de sus convivientes, inmortalizados por la miseria y la injusticia.

«GACETA ILUSTRADA».—Dos estratos principales integran el mundo social de «Misericordia»: la miseria, no bajo forma de proletariado, sino bajo forma de mendicidad, y esa burguesía modesta de «las de Gómez» o del «quiero y no puedo» que tanto pábulo dio al género chico y a los artículos de Luis Taboada. Mendicidad, no proletariado; pequeña burguesía impecune, inactiva y presuntuosa, no menestralía aspirante a elevarse socialmente por el áspero camino del trabajo y del ahorro. En definitiva, las dos lacras que en la variopinta y agitada sociedad de nuestro siglo XX dejó —véase la obra de Américo Castro— una moral social que consideraba punto menos que incompatible entre sí la «honra» y la empeñada colaboración técnica del mundo. Y en el seno del cañamazo que forman esos dos estratos sociales, tres principales actitudes éticas: el picarismo de unos pobres que a la vez que proclaman lastimeramente su miseria viven resignados a ella, como si esta miseria suya perteneciese al orden de la naturaleza, una beneficencia que se llama a sí misma cristiana y es mezquina, dura e imperativa —esa con que durante siglos han tranquilizado su conciencia los bien estantes y los bien pensantes— y, dentro de aquella miseria y esta beneficencia, como un luminoso corazón diamantino de tanta calígine moral, la maravillosa bondad evangélica que desde el seno mismo de su pobreza y su industriosa simplicidad popular irradia de Benina, uno de los más excelsos ejemplares de la incontable demografía literaria de Galdós.

«ARRIBA».—Benina, la señá Benina, personaje cumbre de «Misericordia» es una divina instintiva, como lo es también Sor Simona, personaje de una obra dramática galdosiana. Divina instintiva, es decir, madre universal. El amor por el amor: la caridad. «Corneum pondum meum». Mi peso es mi amor. Hay un instinto celeste, trascendental, en esa mujeruca de Galdós, cuya raíz está igualmente en el Evangelio, en San Juan de la Cruz, en San Agustín, en Rilke, en San Francisco de Asís. ¡Qué capacidad para mundificarse, para anularse en el amor, para convertir el mundo entero en un niño y consolarlo con sus manos ungidas! Por encima de la esperanza, por encima de cualquier doctrina y de cualquier verdad intelectual, la po-

tencia de amor encarnada en la seña Benina es para mí un misterio indescifrable! Es un ser que ve al otro a costa de sí mismo, un ser que se adelgaza hasta la no existencia para dejar sitio a otras existencias.

«HOJA DEL LUNES».—Benina y el ciego Almudena se dejan ver en el misterio de sus profundidades en las escenas a dúo. La caridad desenfrenada, sin saber por qué, de Benina; la caridad sin esperanza, porque sí, y el amor ciego del ciego, que le alumbra la ceguera con luces prodigiosas, abren a ráfagas pasajeras vertiginosos ventanales sobre la novela de Galdós. «Misericordia» está en ellos, y la desolación de esa doblada agonía, que hasta ellos mismos desconocen en su terrible sentido, paraliza el curso teatral para detenernos en la mirada lenta que reclama con imperio. Alfredo Mañas, aun con algunas libertades alegóricas y musicales, ha tenido la habilidad, por otra parte imprescindible, de fijar todo el juego en el contorno de las dos portentosas criaturas.

EL ESPECTADOR.—De la versión de Mañas, de la dirección, interpretación y montaje hablaremos en el siguiente coloquio.

## II

EL ESPECTADOR.—Hablemos de la adaptación teatral de «Misericordia», realizada por Alfredo Mañas.

«PUEBLO».—Para los partidarios de un tratamiento escénico realista y verista, y para los que sólo aceptan el inmovilismo escénico en el tablado, no es esta versión de Mañas, ni tampoco estarán de acuerdo con la dirección de Alonso. Pero para quienes opinamos de otra manera y pensamos que la busca de formas nuevas puede acomodarse también a las versiones libres de las obras, siempre que se respeten —como aquí sucede— su intención y su espíritu, este estreno supone un empeño de ancho aliento y de noble ambición, que gustará sobre todo a la juventud, libre de anticuados prejuicios.

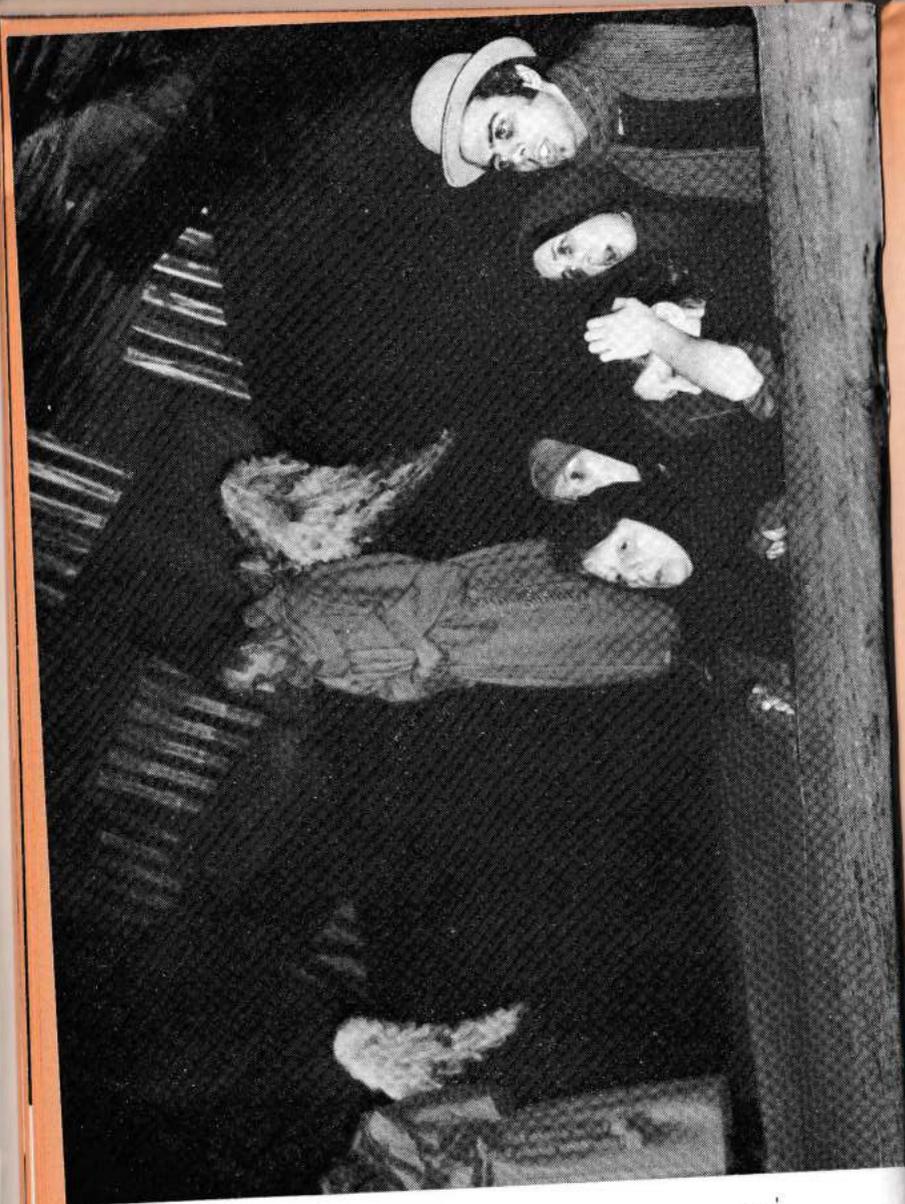
«MARCA».—Yo creo estar libre de «anticuados prejuicios» y, sin embargo, no me ha convencido esta versión de «Misericordia».

EL ESPECTADOR.—¿Por qué?

«MARCA».—En primer lugar, porque usando la novela «Misericordia», una de las cumbres de Galdós, como pista de despegue, se ha logrado un espectáculo teatral violento, radicali-



7. Una escena de «MISERICORDIA», en la versión de Mañas



8. Otra escena de «MISERICORDIA»

zado y esperpentizado, en el que no pocos de los valores distintivos galdosianos se evaporan.

EL ESPECTADOR.—La fidelidad absoluta del texto —dada la estructura de la novela, de cualquier novela —resulta inviable a' ser trasladada a la escena.

«MARCA».—Pero resulta también que quien se acerca al «María Guerrero» a ver la homónima de «Misericordia» y no conoce más de Galdós, puede estar seguro de que saldrá sin conocer del novelista extraordinario sino un chafarrinón allegado mediante un replanteamiento de tipos, algunos con una buscada fidelidad radical como los dos esenciales, otros falseados (don Romualdo o la misma doña Paca), otros resumidos e insuficientes (don Frasquito Ponce o Pedra, sin ir más lejos) y que en el contexto de una serie de expresiones literales galdosianas se han mezclado con otras de cosecha de Alfredo Mañas, el autor de la versión, y como receptáculo de ello, se ha adobado el conjunto con aleluyas y postura a lo Brecht. Poco o nada de Galdós en la representación de «Misericordia», del María Guerrero, en que aparece un Galdós esperpentizado hasta el punto que produciría sorpresa enorme en Valle-Inclán.

«PUEBLO».—Mañas, en sus transcripciones y sus insertos, en su interpolación de romanceado populismo, de cartelón de ciego y hasta de sonata de pandereta, ha procurado conectar a Galdós con una tradición muy española, la que desde «La Celestina», y pasando por el desgarrar de Lope de Rueda, se continúa con Quevedo y se redondea en los esperpentos de Valle-Inclán. La picaresca está en la novela, pero también en nuestro teatro. La tropa mendicante de «Misericordia» pertenece a la Corte de los Milagros. Galdós vio así a sus pobres. Galdós trazó así a sus «ricos». Por España pasaron y dejaron profunda huella —muchas veces lo hemos repetido— los Zanni y los Magníficos de la Comedia del Arte. ¿Qué el texto narrativo de don Benito es otra cosa? Bien. Pero no hay traición a lo que pensó y quiso decir, a lo que pudiéramos llamar su dolor y su recriminación por lo que hay de inmisericorde en nuestra tremenda asperoza ibérica. Y también hemos de decir que Mañas sigue fiel al camino que emprendió con «La feria de Cuernicabra» y prolongó en «Los Tarantos». Tiene, pues, en sus originales y en sus adaptaciones, un estilo, lo cual nos parece importantísimo para un escritor de teatro.

«A B C».—A mí, la tarea de Mañas me parece perfecta. Respeto total a Galdós, libertad plana para hacer de una novela un poema dramático, fidelidad al madrileñismo del cuadro

original, fusión perfecta del patetismo social que constituye el fondo de la novela con el sentido humorístico —la parte ruinosa del relato galdosiano— que no pierden nuestras gentes aun en los más negros abismos de la injusticia. Es Quevedo y es Goya. Galdós encontraría en la representación que sus matizaciones psicológicas se convertían en actos, en hechos, y que todo adquiriría mayor peso combativo, mayor virulencia, como corresponde a un escritor del año 1972.

«INFORMACIONES».—El resultado de todo ello (creo que los objetivos propuestos por el adaptador fueron alcanzados) es una interpretación fiel, pero actual, del texto de «Misericordia»: una lectura de Galdós a la luz de 1972 y por medio del teatro de nuestra época. O sea, la captación de esa sociedad española que tanto preocupó a don Benito —que era la España inmediata al desastre del 98—, que siguió preocupando a hombres como Azorín, Baroja y Unamuno, que pasó —ya con todo su anacronismo— a preocupar a los que les siguieron y que es todavía preocupación de muchos, tanto porque —para unos— se va perdiendo irremisiblemente, como —para otros— parece resistirse a desaparecer. Naturalmente, no todo resulta irreprochable en la adaptación de Mañas. El mayor error que yo encuentro es la exageración populista. Por ahí, dos o tres veces, se le va la mano al autor de esta versión. Se le va también la mano en la prodigalidad mendicante. Hay dos ángeles populistas en la segunda parte que me parecen intolerables.

EL ESPECTADOR.—No obstante, a nuestro juicio, privan los aciertos.

«NUEVO DIARIO».—Entre otros, ese encanto «mañero». La repetida participación del coro, su calambre esperpéntico. La «voz» del narrador que enlaza los múltiples personajes, variedad de escenarios, situaciones y tiempos, a la vez que recita, a manera de acotaciones, prosas descriptivas del autor. Romancillos y cantares, etc., son dosificados y añadidos del adaptador, que naturalmente nos dan un Galdós modificado, alterado. Pero modificado y alterado en un espectáculo importante, bello y con estupendos valores por sí mismo.

EL ESPECTADOR.—Analicemos ahora la parte que corresponde al director, José Luis Alonso, que no es pequeña.

«LA ESTAFETA LITERARIA».—La inteligente adaptación de Mañas hubiera quedado invalidada —o gravemente disminuida— sin la plena identificación de José Luis Alonso, director que puede con cuanto le echen. Todo lo asume, elabora, sintetiza y coordina, para proporcionar a los folios mecanografiados car-

nadura dramática, verdad y vida. Para la escenificación de «Misericordia», José Luis Alonso ha recogido efectos plásticos y resonancias situacionales de su anterior ejecutoria —Gorki, Brecht y Valle-Inclán—, con lo que, sin traicionar un ápice a Galdós, sino sirviéndolo, testimonia también una perspicaz visión para dotar de vida teatral a textos de inequívoca afinidad en su origen y tratamiento. De su inicial capacitación escénica, José Luis Alonso ha pasado a dominar un estilo urticante para determinadas sensibilidades y clarificador del texto en cualquier caso.

«MARCA».—A mi juicio deberíamos haber invertido el acostumbrado orden de ajuste de cuentas teatral y comenzar por la excelencia de la dirección de José Luis Alonso en este resultado exento de galdosianismo. Sobre una decoración admirable de Mampaso, ha movido al despliegue de la escena muy bien, dejando sobre el escenario, aparte de la colosal interpretación de María Fernanda D'Ocón, acompañada de la de José Bódalo, fluyese una tradición de picaresca mendicante a la española, aunque la haya movido, ayudado por las alerías de Alfredo Mañas al estilo del «Berliner Ensemble» y, con avieso mohín, hayan cargado ambos de irritante burguesía al círculo de doña Paca y de rasgos de «El Motín» al prebendado. El conjunto es atractivo, un gran espectáculo teatral, aunque en algún momento resulte monótono.

«TRIUNFO».—Un buen espectáculo, digamos. ¿Qué sentido tendría reprocharle cierta blandura si ha sido recortado y todavía hay quien cree que es «muy fuerte»? En este punto, uno sólo puede decir que quisiera un teatro más abierto y más preciso, venga de donde viniere. Porque, ¿no han vuelto a perder la batalla todos los antigaldosianos si la tolerancia liberal de Galdós ha seguido sin prevalecer?...

EL ESPECTADOR.—Se ha aludido al estupendo decorado de Mampaso.

«NUEVO DIARIO».—Sí. En el estupendo escenario creado por Manuel Mampaso, tan sugerente de lo que llamamos hoy chabolismo, está logrado con un decorado hecho a base de chapas rizadas como tejados de casas pobres y una especie de barrera de madera oscura, en la que hay aberturas y compuertas que permiten efectos inesperados, como el baile al son de las panderetas que hace Benina. O las apariciones súbitas de mendigos que corean algunos pasos de la versión.

EL ESPECTADOR.—No cabe duda que la escenografía de Mampaso cuenta entre los aciertos de este gran espectáculo. La interpretación...

«TRIUNFO».—El espectáculo de José Luis Alonso está, por fortuna, ya por talento, a la altura de las circunstancias, empleando un numerosísimo reparto, en el que los «primeros» actores y el coro tienen el mismo valor y la misma consistencia. El tono de «equipo» es, en fin, una característica de esta «Misericordia» y, justo es decirlo, una nota positiva cada vez más frecuente en los espectáculos teatrales españoles.

«A B C».—Pero hay que destacar, aunque el elogio alcance a todos, cómo María Fernanda D'Ocón hizo el personaje central con tanta emoción y tanta sencillez que ella era, en efecto, el alma de la santidad que circula por entre los miserables sin darse cuenta de su propia grandeza. Benina, la criada que pedía limosna para dar de comer a su señora y acabará en un asilo, es la víctima de un sistema más que de la espontánea ruindad espiritual. A su lado, el hebreo marroquí Almudena, recorre el calvario de la injusticia buscando el amor humano a tientas. Gran creación también de Bódalo.

EL ESPECTADOR.—Todo el reparto colaboró al legítimo éxito alcanzado.

«A B C».—Cierto. No cabe mencionarlos a todos, ni hay modo de pormenorizar las causas que suscitaron ovaciones repetidas durante la representación y la gran traca final de aplausos cuando descendió definitivamente el telón. Pero no me quedaría a gusto si dejase de nombrar a tres representantes de la masa mendicante: Margarita García Ortega, Félix Navarro y Francisco Cecilio. El coro de miserables está magistralmente utilizado. Ya se ha dicho que Mampaso, como autor de los decorados y figurines, facilitó al director el juego de la sucesión escénica y lo envolvió en una atmósfera impresionante de realismo poético, que en Luisa Rodrigo, el otro personaje clave, se manifestó con toda la fuerza de una pesadilla cotidiana.

EL ESPECTADOR.—Éxito rotundo y merecido el de esta noche en el escenario del Teatro Nacional María Guerrero.

«ARRIBA».—Para mí fue una noche plena, feliz.

«MARCA».—Para mí no tanto. La versión de Mañas, por un lado, es responsable positivamente de haber puesto en pie de teatro actual a Galdós —a un Galdós conjetural, claro y por el otro, de haberle violentado hasta hacerlo poco recono-

cible. Para el porvenir la ardua sentencia. Uno piensa hasta dónde va a llegar la violación de los clásicos por el activismo y aprovechamiento de restos, por los que no saben torear a cuerpo limpio entre las bambalinas.

EL ESPECTADOR.—Estas objeciones no pretenden empañar el éxito del gran espectáculo que constituye la representación de «Misericordia».

«MARCA».—Claro que no, y yo lo celebro y me sumo a los aplausos.

EL ESPECTADOR.—Lo cortés no quita lo valiente.